


REVISTA DE LIBROS

Comentario bibliográfico

Leandro Losada, Marcelo T. de Alvear. *Revolucionario, presidente y líder republicano* (Buenos Aires: Edhasa, 2016).

Damián López

Universidad de Buenos Aires / Universidad Nacional de Quilmes

damianlopez@gmail.com

Fecha de recepción: 26/11/2019

Fecha de aprobación: 01/12/2019

A comienzos de esta década, Gustavo Paz y el añorado Juan Suriano asumieron la dirección de la colección “Biografías Argentinas” de la editorial Edhasa. Inaugurada en 2011 con *Mariquita Sánchez* de Graciela Batticuore¹, la colección cuenta actualmente con una docena de títulos dedicados a personas que han concitado el interés de biógrafos y lectores desde hace mucho (San Martín, Mitre o Rosas) y otras menos conocidas y retratadas (Vicente y Ernesto Quesada o Miguel de Andrea).

A pesar de su atractivo para el público, la biografía se convirtió en un género menor dentro de la historiografía académica, notoriamente en las décadas posteriores a la vuelta de la democracia². Probablemente esto se debió en parte a que su formato más tradicional, tendiente a una

¹ Graciela Batticuore, *Mariquita Sánchez. Bajo el signo de la revolución* (Buenos Aires: Edhasa, 2011).

² Por supuesto hay importantes excepciones. Quisiéramos destacar aquí la colección de biografías editadas por Fondo de Cultura Económica en la segunda mitad de la década de los noventa. Nos referimos a la serie “Los nombres del poder”, que cuenta con media docena de títulos, escritos por reconocidos investigadores.

narrativa lineal y concentrada en el sujeto, contrastaba con los requerimientos de una historia profesional que se volcaba hacia formas expositivas organizadas a partir de interrogantes y problemas, privilegiando explicaciones basadas en lo social y colectivo. El desafío de la reconstrucción biográfica consiste por tanto actualmente en lograr incorporar una perspectiva más atenta a los contextos complejos y las temporalidades no coincidentes con los de la crónica. Con diversas estrategias, cada uno de los prestigiosos investigadores convocados en esta colección ha intentado conseguirlo, dando muestras de una renovación y nueva sensibilidad hacia lo biográfico, y ofreciendo nuevas imágenes incluso de personajes célebres y muchas veces retratados.

No es este último el caso de Marcelo T. de Alvear, ya que, como expone Leandro Losada en su introducción, existe una notoria distancia entre su relevancia histórica —presidente durante la década del veinte y líder del radicalismo durante los treinta— y su presencia en la memoria colectiva, lo que explica la relativamente escasa cantidad de trabajos dedicados a su figura. Los mismos se dividen además entre insulsas hagiografías y enconadas críticas por parte de los historiadores clásicos del radicalismo que, como Gabriel del Mazo³, pertenecían en su mayor parte al sector intransigente del partido. Estos últimos reivindicaron a Yrigoyen frente a quien fuera durante sus militancias juveniles en los treinta el responsable, a su entender, del apartamiento de los verdaderos principios, de la incomprensión respecto a las transformaciones que estaba atravesando el país y, en definitiva, de la debacle radical⁴. En esta línea se inscribe la, de todos modos aún interesante, biografía escrita por un joven Félix Luna, quien en 1958 sostenía que “su tremendo error fue no haber querido infundir al radicalismo un claro designio antiimperialista, antioligárquico, es decir, emancipador. Él pudo haber llenado el vacío de esos años de lucha estéril con un gran reclamo nacional y popular, esclareciendo la conciencia partidaria con una programática de grandes objetivos liberadores”⁵.

3 Gabriel del Mazo, *El radicalismo. Ensayo sobre su historia y su doctrina* (Buenos Aires: Raigal, 1951).

4 Como destaca Losada, fuera de estas dicotomías, y más acá en el tiempo, solo encontramos un importante, aunque breve, acercamiento al personaje realizado por Alejandro Cattaruzza. El mismo fue publicado en la colección “Los nombres del poder” previamente aludida. Alejandro Cattaruzza, *Marcelo T. de Alvear. El compromiso y la distancia* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1997).

5 Félix Luna, *Alvear* (Buenos Aires: Sudamericana, 2012 [1958]), 211.

Pero, siendo justos, cabe señalar que frente a trabajos que cuentan con más de medio siglo, Losada tuvo a su disposición una amplísima y rica literatura dedicada al estudio de la sociedad y política de la Argentina de fines del siglo XIX y la primera mitad del XX, período en que transcurrió la vida de Alvear (1868-1942). Sobre todo, debe destacarse la importante renovación acontecida en los estudios sobre el radicalismo⁶, apoyatura fundamental para la reconstrucción del itinerario político del biografiado. De esta forma, las prácticas y relaciones concentradas narrativamente en un sujeto son interpretadas a partir de sus contextos sociales, complejos y cambiantes. Por ejemplo, el primer capítulo del libro, dedicado al joven Alvear, destaca por el refinado análisis de las características, variantes internas y transformaciones de la élite argentina de fin de siglo, sector social al que Alvear pertenecía, y cuyo estudio es además uno de los campos de especialización del autor, quien se doctoró con una tesis sobre la sociabilidad, estilo de vida e identidades de las clases superiores⁷. Como balance más a largo plazo, concluye Losada, el itinerario de Alvear, con su caída patrimonial y cambios en su imagen pública durante los años treinta, muestra que “el prestigio, el poder y la riqueza se fueron distanciando uno del otro en la Argentina de la primera mitad del siglo XX, o en relación con esto, que las élites del país, políticas, económicas, bien podrían sumarse las intelectuales, dejaron de tener su eje en las familias tradicionales, como ocurría hasta fines del siglo XIX” (p. 45).

Por su parte, el segundo capítulo se abre con una sintética exposición de la actuación política de Alvear hasta su acceso a la presidencia en 1922, concentrándose el resto en las principales acciones e iniciativas llevadas adelante durante su gobierno. Respecto al primer punto, se subraya su temprana y relevante participación en la fundación de la Unión Cívica, luego en la de la UCR en 1891, y en la revolución de 1893, su desempeño como secretario de Leandro N. Alem y el temprano acercamiento y relación personal con Hipólito Yrigoyen; luego de largas estadías en Europa, su

6 Entre muchos trabajos, resultan imprescindibles Paula Alonso, *Entre la revolución y las urnas. Los orígenes de la Unión Cívica Radical y la política argentina en los años '90* (Buenos Aires: Sudamericana y Universidad de San Andrés, 2000); Ana Virginia Persello, *El partido radical. Gobierno y oposición, 1916-1930* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2004); Ana Virginia Persello, *Historia del radicalismo* (Buenos Aires: Edhasa, 2007); Marcela Ferrari, *Los políticos en la república radical. Prácticas políticas y construcción de poder* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2008); Joel Horowitz, *El radicalismo y el movimiento popular (1916-1930)* (Buenos Aires: Edhasa, 2014).

7 Tesis de 2005, publicada luego como Leandro Losada, *La alta sociedad en la Buenos Aires de la Belle Époque. Sociabilidad, estilo de vida e identidades* (Buenos Aires: Siglo XXI Iberoamericana, 2008).

regreso al país para convertirse en diputado en 1912, y su nombramiento como embajador en Francia durante la primera presidencia radical. Es sin embargo respecto a la discusión sobre las características de su gobierno donde encontramos una clara preocupación por eludir visiones simplificadas, percibiéndose la impronta de las investigaciones recientes, fundamentalmente las dedicadas a evaluar sus orientaciones y medidas económicas, matizando la idea de que fueron unívocamente ortodoxas. Mientras, se deja para el tercer capítulo el tratamiento de un tema muy discutido por los antiguos y nuevos historiadores del radicalismo: la ambivalencia de Alvear frente a la escisión del partido, intentando explicar por qué, pese a sus diferencias con el yrigoyenismo, Alvear no terminó sosteniendo, y mucho menos liderando, al sector antipersonalista.

Al lector desprevenido podría sorprenderle que los restantes cuatro capítulos, que ocupan bastantes más páginas que los tres primeros, se dediquen a la etapa tardía de Alvear. Este relativo desbalance replica al que de forma aún más pronunciada presenta la clásica biografía de Félix Luna, en este último caso, como dijéramos, debido al explícito interés por discutir su labor como líder del partido durante los años treinta. Losada advierte que, aun reconociendo la relevancia de ese período, su amplio tratamiento en el libro también responde a la disponibilidad de fuentes, ya que el archivo personal de Alvear solo cubre los años 1928-1942, contando con mucho menos documentación para momentos previos. Por otra parte, debe considerarse que el autor ha indagado recientemente sobre problemáticas de esta etapa, fundamentalmente las vinculadas a la crisis y reformulación de la tradición liberal argentina, tema que como veremos es también en este libro un eje central del análisis⁸.

Producido el golpe del 6 de septiembre de 1930, Alvear es entrevistado en su mansión cercana a París. Declara palabras violentísimas contra Yrigoyen, y favorables a la “revolución”. Cuando ya desencantado con los acontecimientos posteriores regrese al país en abril de 1931, y asuma la tarea de reunificación y liderazgo del radicalismo —con el apoyo del viejo caudillo— el episodio queda como referencia repetida de sus detractores. Su falta de apoyo a los intentos revolucionarios radicales de los primeros años treinta, y el levantamiento de la abstención electoral a

8 Leandro Losada, “El ocaso de la “Argentina liberal” y la tradición republicana. Reflexiones en torno a los discursos públicos de Agustín Justo, Roberto Ortiz y Marcelo T. de Alvear”, *Estudios Sociales*, no. 54 (2018): 43-66.

mediados de 1935, son otros hechos repetidos en las historias partidarias clásicas, escritas mayormente, como dijimos, por miembros del sector intransigente antialvearista. Losada intenta desmontar esas versiones lineales y maniqueas, presentando por ejemplo en el cuarto capítulo los cambios producidos en la relación entre Alvear e Yrigoyen, y las reformulaciones en las interpretaciones del primero respecto al golpe. También cuestionando la supuesta oposición en bloque entre los sectores favorables a la abstención y la concurrencia, y examinando los matices y cambios de significación que se le atribuyeron a esas estrategias a lo largo del tiempo. Por otra parte, en el quinto capítulo se analizan los cambios en el estilo político —su conversión en un incansable orador itinerante— y en la imagen pública de Alvear, así como en los relatos sobre el pasado nacional y partidario por él promovidos durante los treinta. De esta forma, restituyendo tensiones y ambivalencias, así como reacomodamientos de acuerdo a las cambiantes coyunturas a lo largo del tiempo, el autor elude interpretaciones lineales y teleológicas.

Luego de discutir los pormenores de un posible pero de todos modos malogrado acuerdo con Agustín Justo, el sexto capítulo retrata el declive de la figura de Alvear entre su derrota en las elecciones presidenciales de 1937 y su muerte en 1942. Se trató de un período marcado por vaivenes, condicionados fundamentalmente por las orientaciones de los gobiernos de Ortiz y Castillo. Losada muestra cómo, en este tramo final de su vida, Alvear logró mantener el liderazgo del partido, pero en un marco de oposición interna creciente.

Finalmente, en el séptimo y último capítulo se discute la evolución de la visión de Alvear en torno a la política argentina, el lugar del radicalismo y la tríada república, democracia y liberalismo. Este es en rigor uno de los temas centrales del libro, aunque en esta última parte se lo examina específica y profundamente. Es preciso señalar también que el análisis se concentra sobre lo discursivo e ideológico más que en las prácticas, aunque de todos modos la historiografía reciente sobre el radicalismo ha avanzado en la reconstrucción de éstas últimas, y Losada intenta aquí aportar una nueva serie de argumentos y problemas.

Esquematisando a fines de sintetizar lo sustancial, el autor coloca a Alvear dentro de una perspectiva republicana, la cual predomina sobre los aspectos liberales y democráticos también presentes, pero que se complementan tanto como entran en tensión con aquella y, además, varían

en sus inflexiones y peso a lo largo del tiempo. Es notorio sobre todo el cambio entre los años veinte y treinta: en los primeros, frente al personalismo yrigoyenista, la democracia es considerada insuficiente sin un marco republicano; en los segundos, ya como opositor a un gobierno que consideraba ilegalmente perpetuado en el poder, esa tensión tiende a diluirse. Pero en definitiva, destaca el autor, Alvear se mantuvo durante toda su vida dentro de una matriz republicana: “elitismo afincado en la virtud; la pertinencia de un buen gobierno para el buen rumbo de la sociedad; el humanismo cívico; la democracia sólo admisible como representativa; la libertad pensada recurrentemente como libertad cívica” (p. 329).

Estas aclaraciones permiten, en primer lugar, reevaluar entonces a Alvear como un continuador de lo que en rigor fue, según Losada, el tronco central “liberalismo argentino” del siglo XIX: un republicanismo que consideraba central la tutela del gobierno sobre la sociedad, otorgándole además un rol protagónico a las élites. Dentro de esa matriz concibió al radicalismo como el único partido capaz de garantizar la ley y espíritu de la Constitución de 1853, y fundamentó sus acciones políticas pasadas y presentes en ese sentido.

Resulta interesante ver entonces como el énfasis de Losada en el discurso político alvearista vuelve a presentarnos —claro que ahora en un marco mucho más complejo, tensionado y cambiante— una diferencia específica clara con el yrigoyenista⁹: lo que los nuevos historiadores del partido y los gobiernos radicales habían acercado, aquí vuelve a separarse. Tal vez un enfoque que intente indagar sobre la relación —desde luego no coincidente— entre ambas dimensiones sea el desafío de las próximas investigaciones, algo que nos parece queda esbozado en el breve y brillante análisis de Tulio Halperin Donghi “Yrigoyen, escándalo y enigma”, y en un reciente trabajo de Joel Horowitz¹⁰.

Para concluir, vemos cómo una serie de tópicos que se despliegan a lo largo del libro, como la tensión entre el origen social de Alvear y su pertenencia al radicalismo, así como su búsqueda,

9 Sobre el discurso yrigoyenista, cabe destacar los trabajos de Marcelo Padoan, *Jesús, el templo y los viles mercaderes. Un examen de la discursividad yrigoyenista* (Bernal: UNQ, 2002); Gerardo Aboy Carlés y Gabriela Delamata, “El Yrigoyenismo, inicio de una tradición”, *Documentos de Trabajo de la Escuela de Política y Gobierno, Universidad Nacional de San Martín*, no. 3 (2001): 131-166.

10 Tulio Halperin Donghi, “Yrigoyen, escándalo y enigma”, en *Vida y muerte de la República verdadera (1910-1930)* (Buenos Aires: Ariel, 1999), 193-205; Horowitz, *El radicalismo*.

nunca del todo lograda, de convertirse en un líder político emocionalmente ligado al pueblo, se entrecruzan con un posicionamiento continuador de las tradiciones políticas decimonónicas, y con una dificultad para entrever las respuestas políticas a las transformaciones en gestación. A su juicio, a fines de los treinta el problema central seguía siendo el de la restauración de la república.

Alvear ofrece indicios de que advirtió ese desajuste entre su figura y su tiempo. Pero no pudo o no quiso enmendarlo. Ni la dependencia económica, ni el movimiento obrero, ni el fascismo (en el país), por mencionar algunos ejemplos, aparecen centralmente en sus discursos y en su acción política como objetivos a atender o adversarios a combatir. (...) la Argentina siguió siendo, para Alvear, un país del siglo XIX hasta los inicios de la década del cuarenta (p. 333).

Alvear murió en marzo de 1942, siendo su féretro acompañado, según relatan los periódicos de la época, por una multitud. Entre las múltiples palabras de homenaje que se vertieron, se destacaron, señala Losada en su epílogo, las que lo colocaban como un defensor de la democracia. Pero entre todas las crónicas recuperadas por el autor, nos parece que esta sintetiza de alguna manera un aspecto crucial de su distancia respecto a los liderazgos previos y posteriores, que marcaron la historia política del país: “Su ausencia ha de doler entrañablemente a muchas personas humildes, a muchos de esos ciudadanos oscuros que se habían habituado a su gesto cordial y a su sonrisa campechana: el boletero que siempre le reservaba la misma butaca; el acomodador que lo conducía hasta su asiento de punta de banco; el cuidador de automóviles que abría con presta solicitud la puerta de su coche; el canillita que saludaba su paso en la esquina más porteña de la ciudad, todos los hombres sin nombre que lo veían cruzar por Corrientes y Esmeralda” (p. 326).